

HISPANIA



J. Garcia y Hainos



C. VAZQUEZ.—GATITO Y GATITA

LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMATICO

A SU FAMILIA

CARTA PRIMERA

China para los sajones.— Un poco de geografía.— Organización política del Imperio.— El «Dalai-lama».— La ciudad de Pekin.— El palacio imperial.— Descripción de las calles.— El templo del Cielo y el de Confucio.— Quien fué Confucio.— Tipos chinos.— Chi-lou, el enamorado.

Pekin, Junio 20 de 1898

A LADY HARRISSON, EN LONDRES.

Mi cara, mi inolvidable Olga: Cuando en las tardes de primavera, en busca del sol y de oxígeno, te pasees por el parque de Battersea, leyendo á Tennyson, el poeta que tanto amas, no olvides al que, lejos del mundo civilizado, en esta maldita corte del Hijo del Cielo, oyendo el monótono sonido de las campanas de las pagodas, no tiene más consuelo que pensar en ti y recibir tus cartas en que me hablas de tus excursiones á Greenwich y de tus visitas al museo de South-Kensington, donde vas á admirar los célebres cartones de Rafael. En cambio, yo ¿de qué podré hablarte?... En el Tsong-li-yamen, (Consejo de Negocios extranjeros), que es el sitio que, por mi cargo, frecuento más, apenas hay nada que tenga interés para una escocesa que se sabe á Mieten de memoria. Lo único de aquí que en cierto modo podría mover tu curiosidad, por lo originales y pintorescas, son las costumbres; pero ¡han sido tantas veces descritas!...

Á mi hermano Roberto, ese enamorado de la oratoria y que aspira á ser en nuestra Cámara de los Comunes el heredero de la gloria de Pitt, á ese le hablaré de otros asuntos. Decirle puedes que le preparo una epístola — más larga que el *London-dock*, — con datos que han de ser elocuentes para animarle á emprender la campaña sobre la necesidad y la urgencia de proteger con nuestra bandera este viejo imperio que se derrumba, bajo una administración corrompida y un despotismo atrabiliario. Á la raza anglo-sajona, es decir, á nosotros y al Norte-América, que tenemos aquí la mayor suma de intereses, corresponde llevar por la vía del progreso á esta desdichada nación. Los Estados Unidos, con respecto á la China, son una nación oriental. Y en cuanto á nosotros,

ya tenemos en Hong-kong un centinela avanzado que domina el uso del gran río de Canton por donde van á parar al mar todos los productos de la parte meridional del Imperio.

Mas ¿qué estoy escribiendo?... Temas son estos demasiados áridos para ti, que detestas, y acaso con razón, la política. Que tenga ó no la Gran Bretaña influencia en la China y que, tarde ó temprano, aquí dicte sus leyes nuestra venerable reina Victoria, son cosas que no te preocupan. Si yo no estuviese, por mi desgracia, aunque cumpliendo mis deberes, en este país, no estarías tu ahora renovando, como sin duda lo estás haciendo, los estudios históricos y geográficos que con tanto provecho hiciste, cuando eras niña, en el Real Colegio de Edimbourg.

Por eso, porque conozco tu ilustración, no pretendo darte una lección de geografía. Tú sabes muy bien que la China ocupa una cuarta parte del vasto continente asiático y que confina al Norte y al Oeste con Rusia, al Sur



Trozo de la Gran Muralla



Una calle en Pekin

con la India (es decir, con nosotros, los ingleses) y con Birmania y Annam, y al Este con el Mar Pacífico. Y sabes también que el Celeste Imperio tiene una población generalmente calculada en cuatrocientos millones de habitantes.

La China propiamente dicha es, en parte un país alpestre, y en parte llano, y á causa de la abundancia de agua, de la benignidad del clima, de la variedad de las regiones, uno de los países más favorecidos por la naturaleza. La porción montañosa está al Occidente, tiene su más alto punto en Tsin Ling y se reune al S. con la región alpestre de Yunan. Al O. esta última se enlaza con las derivaciones del Himalaya, y la primera, por medio del Nancham, con el Kuen-lun, cuyas dos sierras se pueden considerar como el confin septentrional de la meseta tibetana. En la extremidad meridional del Nancham empieza la famosa Gran muralla, que ciñe todo el Norte de la China propiamente dicha á modo de baluarte contra las irrupciones de los bárbaros septentrionales, pero que hoy está en gran parte derruida.

El interior es poco conocido. Sólo se sabe que las montañas son numerosas y elevadísimas y que hay muchos lagos y muchos grandes ríos; de estos conocemos los principales, que van á parar al mar, á saber el Pei-ho (río de Pekin); el Hoang-ho, ó río Amarillo; el Kui-cha-kiang, ó río Azul, y el Si-kiang, que pasa por Canton. El Pei-ho, que es el que más conozco, es tortuoso, tranquilo y de muy poca profundidad.

Pero, en cambio, el Hoang-ho es uno de los mayores ríos del mundo. Tiene un curso de 4.500 kilómetros y alcanza en algunos sitios dos kilómetros de anchura. Le sigue en importancia el Ta-kiang, que es el mayor río de Asia y que recorre toda la inmensa distancia que media entre el desierto de Cobi, en la Mongolia, y el mar de la China. En su misma cuenca viven doscientos millones de hombres. Sin el Ta-kiang, no existiría el Celeste Imperio.

La China es una monarquía absoluta y hereditaria desde 1644, en la dinastía de los Mandchou ó Tsing. El emperador elige su sucesor entre los hijos de sus tres

primeras esposas. El emperador actual se llama Koaung-Su y es hijo del príncipe Ch'un, que es, á su vez, el séptimo hijo del emperador Tao-konang. Pertenecen además á la casa imperial y están reconocidos, unos seis mil príncipes de diversos grados.

Hay un ministerio de la Casa Imperial, un Consejo de Estado y otro de Negocios Extranjeros. Existen también seis ministerios, que son de Administración Civil, Hacienda, Cultos y Ceremonias, Guerra, Justicia y Trabajos Públicos. Pero estos centros son puramente decorativos, de lujo, porque en este país, según espero demostrártelo, no hay administración civil, ni hacienda, ni trabajos públicos,

ni justicia, ni ejército; lo que hay — eso si — son cultos y ceremonias, y sobre todo, estas últimas: porque el chino es el animal ceremonioso por excelencia.

La China propiamente dicha se divide en 18 provincias, que forman ocho gobiernos generales y tres provincias generales, á cuyo frente hay ocho gobernadores generales ó virreyes, doce gobernadores dependientes y tres provinciales independientes. Después de estos dignatarios, los directores de impuestos provinciales y los jueces superiores provinciales, son las más altas autoridades. La administración militar de cada provincia está dirigida por un general chino; en algunas provincias lo está por un tártaro de un grado más elevado que el chino, pero investido de menor autoridad, puesto que sólo manda de 2.000 á 3.000 hombres manchúes. Los lusitanos, que, de las gentes de nuestra Europa, fueron los primeros que aquí llegaron, dieron á todos estos funcionarios el expresivo mote de mandarines, con que se les designa generalmente.

Fuera de la china propiamente dicha, dependen también del Hijo del Cielo la Mandchouria y el Tibet. La Mandchouria — dividida en Central y del Norte — de la cual, por cierto, van apoderándose poco á poco sus vecinos, los rusos, está gobernada por dos generales manchúes. El Tibet es casi autónomo, y en Lhasa, su capital, reside el *dalai lama*, especie de papa que ejerce el poder espiritual sobre más de cuatrocientos millones de hombres y que sostiene con el emperador de la China unas relaciones muy parecidas á las de León XIII con el rey de Italia.

Pekin — la cabeza del culebrón de la China — está á 27 metros sobre el nivel del mar, en una fértil y bien cultivada llanura, junto á un brazo del Pei-ho, que la divide en la «ciudad china» al S. y en la «ciudad tártara» al N., ambas rodeadas de muros de 9 metros de altura y separadas una de otra por tres puertas que se cierran de noche.

En el centro de la ciudad tártara está el Palacio del emperador — ciudad imperial — compuesto de muchos edificios, rodeados de un muro de 9 metros de espesor y contenidos en un espacio de 910 m. de largo y 720 de an-

chura. Componen la residencia imperial gran número de pabellones lujosamente decorados y rodeados de jardines y escaleras de mármol, hallándose el vestíbulo adornado con animales de bronce de formas extrañas, y vasos de gran valor. El trono imperial se encuentra en un pabellón pequeño, el cual tiene cubiertos los muros de inscripciones en letras doradas. Las techumbres del palacio imperial están pintadas de amarillo; las de los edificios de los mandarines y de las oficinas del gobierno comprendidas en el barrio imperial, de verde claro, y las de los templos, de azul oscuro. Los anchos espacios vacíos están empedrados de ladrillos, barnizados de varios colores.

La «ciudad china» es la Pekin de la clase media, con su población activa, compuesta de chinos, mandchúes, mogoles, coreanos, japoneses, tibetanos, &c., con sus fondas y tiendas, en cuyo tejado hay plantado un bosque de palos con banderolas á guisa de muestras. Junto á los muros de la ciudad china está la residencia de los embajadores de las potencias europeas (ya sabes donde tienes tu casa) y también las de la colonia rusa, así como las pocas iglesias cristianas y los establecimientos y hospitales europeos.

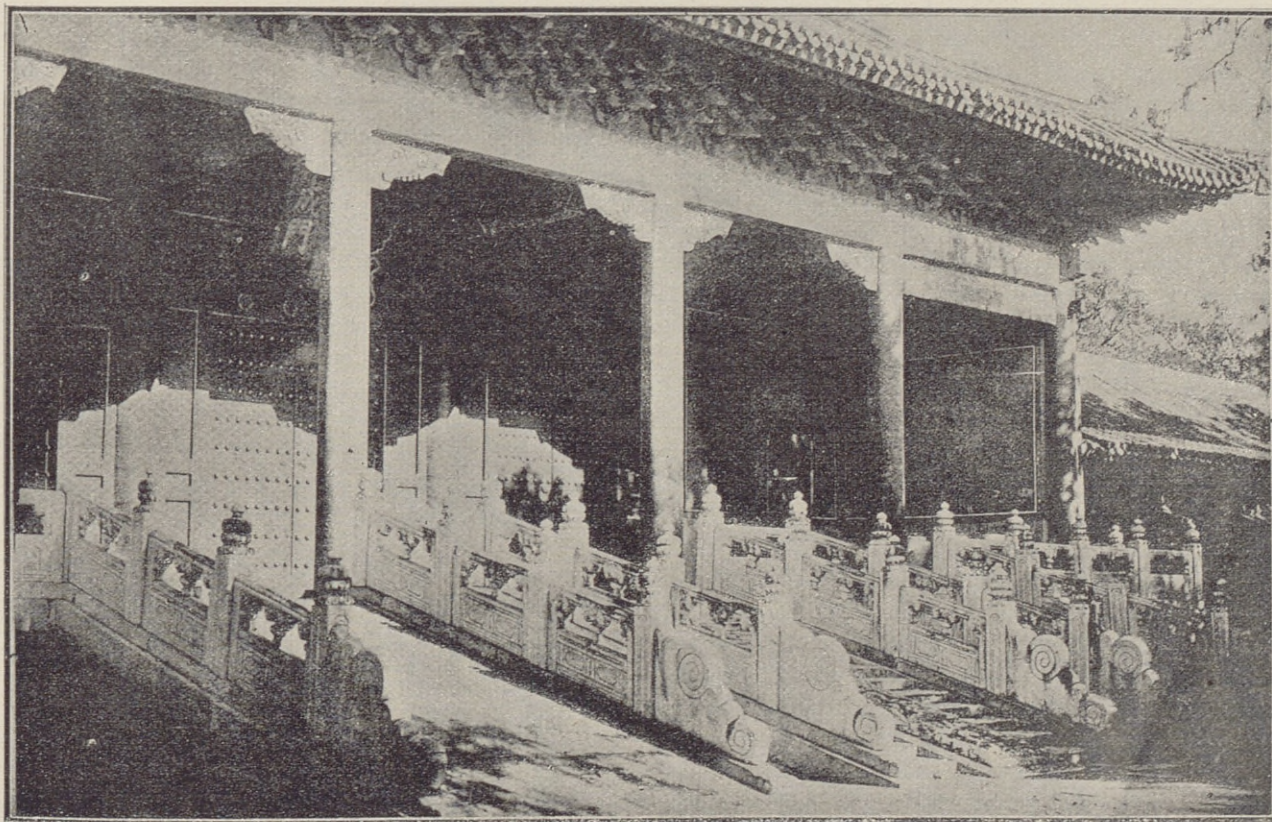
Las calles, anchas, están cortadas en ángulo recto, pero llenas de polvo y de basura; las casas son bajas, y las de los particulares, de pobre apariencia, al paso que las de las clases superiores están separadas de la calle por altas paredes de cerco y tienen grandes patios interiores. En toda la ciudad hay plantados árboles frondosos.

Tengo el gusto de enviarte, para *ilustrar el texto*, la fotografía de una de estas calles, que es á veces un verda-

dero kaleidoscopo de tipos. Muchos carros de transporte lo cruzan de un lado á otro. Los tenduchos se cuentan por centenares, y casi hay uno en cada casa; además, los vendedores ambulantes de inmensas variedades de artículos, llenan la calle pregonando de manera muy original los objetos que venden; unos llevan pequeños instrumentos musicales, desconocidos en Europa; otros imitan cantos de pájaros, y así por el estilo. Aquí un madroñero, que lleva ensartadas en rejas de caña, largas hileras de madroños; allá un vendedor de pájaros amaestrados; más allá un agorero que revuelve sobre su mesita, en plena calle, sus chirimbolos, y ejerce su industria, muy lucrativa por cierto...

Á veces, con paso magestuoso, atraviesa la calle un sacerdote budhista, un *bonzo*, que se dirige á alguno de los templos que tanto abundan en Pekin. Á más del templo famoso de la Campana — que te describiré en otra epístola — tenemos aquí los templos del Cielo, de la Tierra, del Sol, de la Luna, de la Agricultura, &c. El templo del Cielo, rodeado de una muralla de 5 kilómetros de circuito, es un edificio soberbio de 30 m. de elevación, con tres pisos, sobre una plataforma de 9 metros, á la cual se sube por una grada de 27 escalones. Todos los años sacrifica el emperador en este templo doce bueyes, doce carneros &c, y abre con el arado un surco en el *campo sagrado*.

Y ya que te hablo de estas cosas, te acompaño una fotografía que representa la entrada al templo de Confucio. ¿Verdad que es muy original? Mas no incurras ¡por Dios! en el error lamentable del famoso Almanaque de Gotha y de las ilustraciones francesas, que acabo de hojear en el Club y que hablan de *la religión* de Confucio, tratándole



Entrada al templo de Confucio



Tipos chinos

como á un Dios, ni más ni menos que á Budha. Y ¡qué estas cosas se escriban !... Confucio, — como su colega Lao-Tzen, que valía más que él — fué sencillamente un filósofo, un moralista, á quien los chinos erigen templos, no de otra suerte que nosotros levantamos estatuas y mausoleos á Nelsson ó á Newton ó á Shakespeare. Tan distante estaba el buen filósofo de querer fundar una religión, que nunca dió importancia alguna á los problemas religiosos, ni jamás se cansó de repetir que es más importante para el hombre cumplir su deberes para con sus padres y para con la sociedad, que entretenerse en adorar espíritus desconocidos. Más religioso fué Lao-Tzen, que, al menos, creía en un ser supremo, creador de todas las cosas.

El chino, que es un ser burlón por excelencia, se atiene á Confucio y se ríe de las religiones de los bárbaros y, sobre todo, de las nuestras. Y no deja de tener gracia que estas caricaturas vivientes se burlen de alguien... ¡Qué tipos !... Con su cabeza grande y casi cuadrada, la nariz chata, labios gruesos, el color amarillento, la barba escasa y los ojos oblícuos, el chino es la antítesis de la belleza plástica, tal como la entendemos nosotros. Y ¿ qué decir de las mujeres ? Con el rostro cubierto de capas superpuestas de blanquete y colorete, los labios pintados, las cejas lo mismo y con una raya de carmín entre ambas, suelen lucir, para mayor gala, en las sienes, unos parches de diferentes colores y tamaños en los que fijan cascabels ó perlas — según la riqueza de la dama — que constituyen un adorno de gran distinción y elegancia. ¿ Juzgas

posible, después de esto, que un europeo pueda enamorarse de una china ?

Lo que si es posible es... *lo contrario*; y en prueba de ello, aquí está Chi-lou, mi intérprete — tengo el honor de presentártelo — el chino más sin ventura de todo Pekin. Sin ventura le llamo, porque está enamorado como un bruto de Miss Ofelia, mi gentil ama de gobierno, á quien ya conoces. Con este motivo, lo que nos reimos del pobre Chi-lou, no es para contado...

Pero sí: te lo contaré; te prometo contártelo; y así, con la narración de esta historia, asaz divertida, daré alguna amenidad á mis cartas. Por el pronto, ésta acaba aquí, no sin ponerse á tus pies, enviandote sus afectos, tu esposo y amigo

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.



JARRONES ARÁBIGOS DE LOZA VIDRIADA

En la historia de la loza hispano-mahometana, tan interesante por sus labores azules y de reflejo metálico, que le dan tan brillante aspecto, reclaman capítulo aparte los jarrones monumentales. Tres son los que se conservan: uno en la Alhambra de Granada, otro en el Museo Arqueológico Nacional y otro que perteneció al pintor Fortuny, luego formó parte de la colección Basilewski y hoy se halla en el Museo del Louvre. Los tres vienen á ser del mismo tamaño; los tres son de igual forma, cuerpo ovoide prolongado hasta la base, que es pequeña, cuello acampanado de elegante perfil y dos asas que parecen aletas por su figura y por la grande superficie plana que ofrecen por cada frente. Varían estos vasos por su decoración, si bien es en los tres del mismo estilo, el estilo árabe granadino, y en los tres se mezclan con el adorno los caracteres árabigos de una inscripción. — Cual sea la fábrica (si es que los tres salieron de la misma) á que puedan atribuirse, no es fácil precisarlo, por ser este el punto más oscuro del estudio de este género de cerámica. Por haber sido Málaga el centro más celebrado de tal industria, á sus hornos se atribuyen, con la consiguiente incertidumbre. La fecha puede fijarse por el arte en el siglo XIV. — Cada uno de dichos jarrones tiene caracteres decorativos que le dan fisonomía propia, y tiene su historia y hasta su leyenda.

El jarrón de la Alhambra mide 1'35 metros de altura y 2'45 metros de circunferencia. Forman su cuello dos anillos separados por una moldura y de otra arranca propiamente la boca, que es octógona y lleva un reborde plano con un festón que ofrece graciosos picos en los ángulos. La decoración pintada está hecha con esmaltes blanco, azul y melado que imita el oro, combinados con bastan-

te arte. Casi imposible é inútil es describir la ornamentación, de tallos serpeantes y hojarasca, característicos del estilo granadino. En el cuerpo del vaso, sobre una zona dorada con inscripción en caracteres africanos blancos, hay un mediopunto de fondo azul y adorno blanco y dorado, entre el que se distinguen dos antílopes afrontados,

el motivo más importante de la decoración de este vaso, y que revela una tradición persa. En marfiles y telas árabigos hay otras figuras de igual origen. Volviendo al vaso, lleva éste muchos adornos, en su mayoría azules, sobre el fondo blanco, y en las asas y en dicho cuerpo se repiten las inscripciones, que dicen «*Felicidad y Fortuna. — Prosperidad perpétua*». — Este jarrón tuvo su compañero, que fué destruído, vendido ó sustraído á principios de este siglo. Alguien habla de tres vasos, pero solo existe el descrito. La tradición dice que estos jarrones contuvieron el tesoro de los reyes naseritas y que por eso estaban en un aposento llamado «sala de las ninfas,» existente en la Alhambra, bajo la sala de Comarés. No menos absurdo es el suponer que vasos tan poco manejables y vidriados pudieron servir para refrescar el agua. Más creíble es que tan importantes lozas solo fueron objetos de arte y que en todo caso servirían de presente al emir, para



que adornase su palacio.

El jarrón del Museo de Madrid (véase el grabado), mide 1'35 metros de altura y 0'65 de diámetro máximo. Su cuello se compone también de dos cuerpos separados por moldura, y la boca, octógona, lleva unas mensulillas pareadas que sostienen el ancho reborde que remata en un gracioso festón. Á una de las asas le falta su mitad superior. La otra se une á la boca del vaso por medio de una especie de grumo ó piña. La decoración esmaltada que

le cubre es puramente ornamental: no hay figuras. El cuerpo está dividido en fajas verticales, la de enmedio de fondo blanco perlino y adorno azul, las demás de fondo melado, que imita oro, y adorno blanco; estas fajas están separadas por listas azules. La labor de las asas es azul y melado sobre fondo blanco. Todo el adorno indicado es de hojarasca del estilo granadino. Se repite en las facetas de la boca en blanco sobre fondo melado. En el cuello una faja es de cacería, melado sobre blanco, y en la otra, sobre fondo melado, se ve en caracteres blancos africanos una inscripción que tradujo el eminente orientalista D. Eduardo Saavedra, en estos términos:

«Toda fuente al brotar parece la más perfecta corriente y acrece la benignidad abundante y la excelencia de los dichos y afirma el recuerdo de la felicidad y de la pobreza que desvaneció mañana y tarde la fortuna del tiempo.»

La historia de este jarrón es bien curiosa. En ella figura un famoso anticuario ó mercader de antigüedades llamado Amat. Años hacía que un hombre del campo encontró casualmente, entre la tierra, tan hermosa pieza, y se la dió al cura de Hornos, pueblo de la sierra de Segura, en la provincia de Jaén, el cual cura lo dedicó á servir de pie á la pila de agua bendita. En cuanto Amat lo vió, hizo al cura proposiciones para adquirirlo. El cura se negó á dárselo. Amat se fué, pero volvió al poco tiempo con nuevas proposiciones y consiguió por fin que el cura

prometiera dárselo si costeaba el blanqueo de la iglesia y ponía un pie nuevo y apropiado á la pila del agua bendita. Corrió Amat á Granada, mandó hacer á un marmolista el pie deseado, lo llevó, dió treinta duros para aquella obra, cargó el jarrón sobre una caballería y echó á andar. No había salido del pueblo, cuando le alcanzaron algunos vecinos belicosos, con resolución de impedir que sacara el jarrón. Amat entonces pidió auxilio al alcalde, quien amparó los derechos del comprador y le hizo acompañar de dos hombres un buen trecho, para que los vecinos del pueblo no impidieran su partida con aquel objeto al cual tenían estimación. Luego Amat vendió la joya al Gobierno en 30.000 reales. Hoy sería barata en 30.000 duros.

El tercer jarrón procede del pueblo del Salar (cerca de Granada) y en uno de sus viajes por Andalucía lo compró el inolvidable artista Fortuny y lo dibujó en una carta. El cuello y la boca son como en el de la Alhambra y la decoración está dispuesta en el cuerpo del vaso en cuatro zonas, de las dos de enmedio una con círculos tanjentes y otra con inscripción, cuyo texto no poseemos.

El Museo provincial de Granada posee un cuerpo de jarrón de igual forma, que mide 80 centímetros de altura, con estrías y en los intermedios labor de esmaltes azul y melado.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



A. MAS Y FONDEVILA.—NOCTURNO

Los habladores EL ENAMORADO

Sentíame tentado á gritarles furiosamente: — ¡ Eh! ¡ Lenguas largas!... ¡ Basta ya de cháchara insubstancial y hueca! ¿ Pensasteis, por ventura, que este paseo háse abierto al público para convertirse expresamente en nido de parleras tórtolas ó en escondrijo de amores vergonzantes?... ¿ Disteis de barato que esos respetables bolsistas, esos sesudos concejales, esos políticos hambrones se pasean por este sitio para tener, como espectáculo invariable, vuestro nocturno idilio? ¡ Tregua, por Dios, á esa erótica y mal rebozada elocuencia, que envidiaría cualquier diputado monosilábico, ó ya que habláis por los codos, sin compasión del ensimismado transeunte, enteradnos, al menos, del secreto!... y ¡ pedid la palabra!

Él tendría, al parecer, cuatro lustros, la edad en que interrogamos, con aire de filósofos, al destino, y llamamos *desengaño*, nombre pomposo y romántico, á la primera tontería, y ponemos la mano en el fuego por la virtud de cualquier hembra. Ella poseía la muda y pacífica belleza de las estatuas, y asemejábase á la del Silencio, inmóvil é impenetrable, con la punta del abanico en la boca, los zapatitos apoyados en la silla delantera y los ojos zarcos serenos y fijos en el orador que derrochaba á su lado tesoros de elocuencia erótica.

Á veces inclinaba la cabecita, como un lirio fatigado por la lluvia. Á veces movía imperceptiblemente los labios, acaso más para humedecerlos con la lengua que para dejar salir con estudiado énfasis, una sola palabra, un monosílabo. Y después continuaba escuchando, escuchando siempre, sin revelar en su fisonomía de yeso interés ni curiosidad.

Una tercera persona, la suegra futura, dormía ó lo simulaba acaso, á fuer de escucha hábil, recatando pudorosamente la faz bajo un enorme pericón. Ha observado un filósofo trasnochador que las suegras futuras hablan poco... Meditan como Bruto, y se reservan todos los turnos en contra. En medio de su aparente dormir, y, esto no embargante, la astuta mamá de la niña parecía sonreír á socapa... ¡ Oh parejas enamoradas, desconfiad de la suegra que duerme!...





Junto al farol tercero de la izquierda, en la semi-obscuridad de aquel sitio, les encontraba yo todas las noches, sin que brillasen por su ausencia una sola, locuaz él, silenciosa ella, durmiente la otra, olvidados los tres del universo y viviendo *casi en un cielo*, como el amante de la Traviatta. Trinidad misteriosa aquella, compuesta de la madre, la hija y el Espíritu Santo, ó sea el *Verbo*, disfrazado de tribuno del amor.

Á su lado discurrían, tragando polvo, los paseantes; enredaban los niños, jugando á la comba; deteníanse inoportunamente, con su bata de percal *planchá* y su capacho al hombro, las floristas vaporosas y hábiles al ofrecer, y la aguadora recelosa que, enhebrándose por medio de la gente, hufa del guardia municipal, sin que al orador se le ocurriese comprar un ramo de claveles para adornar con él, á guisa de romano, á su víctima, ni menos antojásele beber agua fresquita para calmar la sed que debía, sin duda, de causarle su abrasadora elocuencia. Orador de secano, por él, ya podían retirarse de su industria las fugitivas *náyades*, á no estar allí la suegra, la protectora suegra, que interrumpía los simulados ronquidos para gulusmear y pedir dos ó tres veces cada noche *agua con azucarillo y aguardiente*. «Esto es bueno para el flato» decía moviendo el agua con la cucharilla; y luego añadía al paño: «Ya que hago este *papelón*, al menos... ¡qué caiga algo!»

Hubo de preocuparme tanto en aquel tiempo el íntimo coloquio de los dos amantes, que solo me dirigía un día

y otro esta interrogación: ¿Qué hablarán?... ¿Qué árduo problema matemático ó filosófico tratarán de resolver con sus continuas especulaciones? ¿Qué principios científicos estarán ahí discutiendo con tanto entusiasmo y afán tan ardoroso?... La dirección de los globos, la cuadratura del círculo, la piedra filosofal, el cosmético para convertir en cabelleras las calvas, los arcanos de la ciencia, los secretos del arte no podrían, no, continuar ocultándose pertinaces ante la acometida de tan desbocada elocuencia. El arcano mismo, á pesar de su reputación de impenetrable y discreto, se hubiese rendido, aburrido y mal enojado, gritándoles: ¡Ea! ¡Me descubro! ¡No empáparme más de saliva!...

Una noche, un niño haraposo, precoz artista de la limosna, de esos, que merced á la tolerancia municipal, suelen ejercer su industria en los paseos públicos, se detuvo junto á la trinidad vergonzante. El astroso angel mendicante, angel naturalista por cierto, conociendo acaso que el amor es todo caridad, extendió su manecita y dijo:

— ¡Por la Señorita... que es muy guapa!

Largo trecho estuvo allí el importuno, repitiendo su lastimera salmodia, y partióse, á la postre, con la música á otra parte, sin haber obtenido siquiera de aquel amor que invocaba los cinco céntimos que son en la feria de la vida el precio fijo de la misericordia.

Tuve un rayo de luz, como diría, aunque sin tenerlo, cualquier novelista. Al acercarse á mí el mendigo le interrogué con ansiedad.

— Nada, señorito, — me contestó, imitando inconscientemente á Hamlet: — ¡palabras, palabras!... y ningún centimito, — añadió luego.

Volví á preguntarle con vivo interés.

— Nada, señorito. No dicen nada en plata... ni en calderilla. ¡Qué risa! Están hablando de besos. Y él le dice á ella: — Ya te he dado veinte razones para convencerte: paso ahora á la razón veinte y una. ¡Qué risa! Yo le paro el caballo, y le digo: un centimito, por la salud de la señorita, que es muy guapa. Y él sigue hablando de besos, y me dice: — Granuja, yo también pido limosna... y no me la dan. — ¡Pues me alegro — le digo yo, y ya se quedará usted mudo!... ¡Qué risa!

La última noche en que les ví, por las calendas á que me refiero, sonaban las doce en un reloj público. Restituíanse ya á sus lares, no terminada aun, por lo visto, la eterna disputa, pues el orador caminaba gesticulando, imperturbable la *oidora*, y atrás, á retaguardia, renqueando y abriéndose á bostezos, la representante del principio de la autoridad. De pronto cayeron gruesas gotas de lluvia poniendo en precipitada fuga á las gentes. Las tres personas distintas y el solo orador verdadero se asilaron entonces, á despecho de éste, en el tranvía que accrtó á

pasar; y un minuto después, él, Demóstenes, en pie sobre la plataforma delantera, arrinconado, mohino, hecho una sopa, pero jamás callado, desbuchó contra el progreso del siglo una maldición que fué acompañada, allá en las alturas, por el estampido del trueno; y dijo:— Tranvía, ferrocarril, vapor, inventos de suegras, que suprimis las distancias, que cortáis la elocuencia del amor en la boca... ¡seáis malditos una y mil veces, y por los siglos de los siglos !...

* * *

Pasó el tiempo... Yo también, yo también aprendí al cabo la vieja canción... También tuve mi idilio. También hube de ir con *ella* y con la mamá á los sitios públicos. La primera noche en que bajamos, con buen compás de pies, al *mentidero* del amor, tomando asiento, por acaso, cabe el farol tercero de la izquierda, farol digno de loa y de premio por su paciencia al escuchar, sin apagarse, tantas boberías ¡ cuánto hablamos y hablamos, y con cuánta verbosidad nos dijimos !... ¿ Qué nos dijimos ?

Lo que si recuerdo, como si lo hubiese oído ayer mismo, es lo que dijo *el otro*. ¡ Quién había de ser *el otro*, sino el orador de marras ! Allí estaba como en sus pasadas no-

ches, sentado en su tribuna de verano, mas silencioso el labio, desabrido el gesto, leyendo ensimismado y, sin alzar los ojos del papel *El Noticiero* que acababa de salir. Á su lado sentábase la antigua novia, la ninfa Egería de los anteriores estíos, convertida ya en la esposa Penélope, que bordaba, cabeceando de sueño, la tela inacabable del fastidio conyugal. El murciélago que lleva escrita en sus alas la palabra *Silencio* azotaba el aire con sus membranas polvorientas, revoloteando entre el farol y ellos.

Y mientras en su lectura se engolfaba el ex-tribuno, y *ella*, á su lado, dormía y hasta (¡ Oh prosa !) roncaba con estrépito, y la procesional marea de paseantes iba y venía, entre la polvorienta sombra, de un extremo á otro del paseo, yo hablaba, y hablaba sin cesar con *la mía*, con aquella hermosa hembra, poseedora de las mejores orejas de la ciudad; y debimos, sin duda, hablar mucho, y hablar gordo, é importunar con la gárrula disputa á nuestro vecino, el buen lector de *El Noticiero*, porque éste se volvió á deshora y en actitud hostil, exclamando con reprimido enojo:

— ¡ Valiente par de charlatanes !... ¿ De qué hablarán tanto ?...

ANTONIO CORTÓN

Ilustraciones de A. MAS Y FONDEVILA



LUZ Y FLORES

Prefiero al mundo entero
mi humilde y limpia casa,
rodeada de jardines
y al pie de la montaña,
do á mi labor me entrego,
mi mujer cose y canta,
mi perro juguetea
y los jilgueros charlan.

¡ Casita de mis sueños
modesta y retirada,
que el claro sol te besa,
que la luna te baña,
como te adora el pecho,
como te busca el alma !

En ella la existencia
feliz y sosegada,
veo pasar alegre,
sin duelos ni mudanzas,
consultando mis libros,
amigos que me hablan
de todo lo sublime,
de cuanto más me halaga.

Y adornan sus paredes
la arábica guitarra,
la airosa pandereta,
palillos y dulzainas,
los dulces instrumentos
de voluptuosa raza,
que nos legó su genio,
sus trovas y sus danzas.

Al pie de mis balcones
los ruiseñores cantan,
y admiro embelesado
precioso panorama,
que dora con mil tintas
el claro sol de España.

Á un lado, Barcelona
y el mar bañado en plata,
bajo un cielo sin nubes
y alegres alboradas.

Al lado opuesto, el monte
con su manto de grama;
centenares de torres
como la nieve blancas;
pintorescas ermitas
con bellas sacristanas,
que entienden de oraciones,
amoríos y danzas;



San Genís, rodeado
de musgo y de espadaña,
que á la voz del torrente
se juntan sus campanas;
Hebrón y Vallvidrera
que mil leyendas guardan
de pajes y princesas,
monteros y aldeanas;
frescas y puras fuentes
que entre verduras manan,
que el Tibidabo riegan,
que al Tibidabo encantan;
ruínas misteriosas
entre apacibles granjas
que príncipes y reyes
un día visitaban;
precioso cementerio
que sirve de atalaya,
do las *willis* se juntan,
y con los muertos hablan;
la torre de Pedralbes
que altiva se levanta,
Sarríá, que entre flores
y bosques de retama
teje preciosas blondas
y á su placer descansa;
y el apacible barrio
que hermosa virgen guarda,
con frondosos jardines,
con rejas recatadas,
do encatadoras niñas
cosen, leen y cantan.

¡ Qué bello es cuanto admiro
sumido en dulce calma !
¡ Qué alegre y apacible
es mi modesta casa,
donde las aves trinan,
los amores se llaman,
las palomas se arrullan,
se adormecen las auras,
teniendo por vecinas
arrobadoras hadas,
que ostentan cintas, rosas,
rica y crujiente falda,
y siendo mis porteras
Amor, Fe y Esperanza !

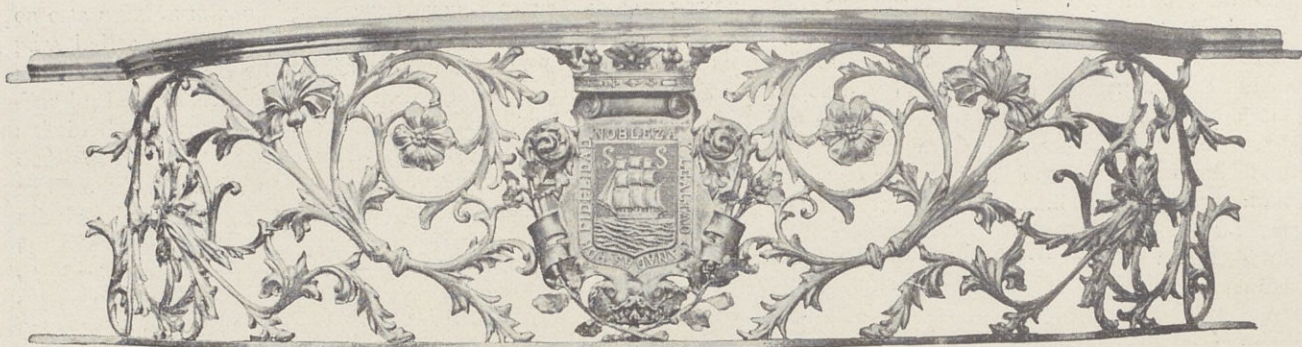
LAS FIESTAS DE LA BONANOVA



El clero, con acompañamiento de los gigantes, saliendo de la iglesia para ir en busca del Sr. Obispo



á la iglesia, acompañando al Dr. Morgades, mientras los *Xiquets de Valls* hacen sus castillos



Fundición de Masriera y Campins

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE PARÍS

SECCIONES DE ESPAÑA

Es muy difícil sustraerse á la acción de una corriente, pero lo es más aún nadar sobre ella. Está todo el mundo tan acostumbrado á la alabanza incondicional, ó á la información interesada, que nadie sabe donde acaba la verdad y empieza la adulación.

Sería muy cómodo para mí seguir el mismo procedimiento, pero como no se aviene mi temperamento al sacrificio de la propia opinión, salvada la forma, que es signo de cultura, prefiero decir la verdad á mi país, harto acostumbrado á que la desfiguren y conviertan en caricatura, los que, llamándose representantes de la opinión, deberían tratarla con mayor austeridad é intención más sana.

No es ocioso cuanto acabo de decir, si tiene en cuenta el lector que voy á tratar de una de las secciones más vistosas de España, de la que tenemos en los Inválidos, formando en el Grupo XII y XV de la clasificación general de esta Exposición, que necesitaría años de estudio, si un solo hombre, por inteligente que fuera, hubiera de examinarla y traducirla en crítica ordenada, profunda y de exacta aplicación á cada uno de los ramos del saber humano.

Llámase este grupo, de Mobiliario, Decoración é Industrias diversas, que en síntesis alberga cuanto seduce á los sentidos, y entra por los ojos, embriagando al visitante con cuanto ha ideado el arte cosmopolita para incitar al que, contando con medios de fortuna suficientes, puede adornar su casa apelando á los fastuosos procedimientos de las artes suntuarias modernas, que si copian el pasado tienen recursos inagotables, y si acuden á lo moderno, á lo que vive y



Fundición de Masriera y Campins

palpita aún, alimentándose de la savia de las generaciones que enaltecieron sus obras con la pluma, el lápiz, el buril y el cincel, suma de ingenio que se llama Arte, pueden transformar con éxito las piedras preciosas, las maderas finas y los metales dúctiles y maleables, en obras de arte dignas de figurar en esta Exposición que aun con sus defectos, revela un esfuerzo y una potencia creadora dignos de eterna fama.

Y es que en conjunto y en detalle, se ve en todas partes el esfuerzo hecho por estos hombres para avanzar, para crear cosas nuevas, para ensanchar los horizontes de las ciencias y las artes, como si creyeran en un progreso infinito ó tan indefinido aun, ante el desarrollamiento del trabajo en el mundo, que el ansia de progresar resulta tendencia racional, ansia fatal, lógica devoradora.

Porque nadie duda de cosa alguna como no sea de lo percedero, de todo lo que vive, pero como germen de nuevas existencias, nuevo progreso y nuevo é inmenso desenvolvimiento de todo lo creado en el espacio.

Y esto, que es, como el espíritu revelador de estas gentes y estas razas, no sé si por ley fatal del destino, si por castigo de nuestras culpas, ó errores de procedimiento, los españoles, aun en aquello en que somos originales y originales con fortuna, como si estuviéramos ya sobrado satisfechos con el esfuerzo inicial realizado, nos paramos ante el éxito relativo, contentos si copiamos bien, modestos siempre ante el éxito alcanzado, y la ambición satisfecha, como si estuviéramos convencidos de

nuestra inferioridad de raza, de entendimiento y de voluntad.

Entre conmigo el lector en la sección española de Inválidos, y si no le ciega el brillo de los damasquinados del oro, la plata, y las piedras más ó menos finas que ostentan nuestros afamados damasquinadores, si no le seducen los cambiantes de colores y lo que se llama vulgarmente lo bonito, lo aparatoso y lo bien colocado, seguro estoy que sin querer, sin afán de criticar, en el sentido vulgar de la frase, hará la consideración de que todo lo que ve allí, lo vió ya hace treinta años, y que la industria de damasquinados, repujados y cincelados, no ha dado en España un solo paso, desde que Zuloaga, con ingenio reconocido y paciencia de santo, revelóse al mundo con una industria suntuaria nueva y un procedimiento digno de alabanza y de grande estimación.

Los demás han copiado fielmente lo que enseñó Zuloaga, afinaron el molde, no le aventajaron en el dibujo ni en la perfección, y atentos á reproducir, contentos con lo que saben hacer, mientras el mundo artístico se desvive para avanzar, descubrir y afinar, dando tumbos y caídas ciertamente, pero levantándose erguido para buscar nuevas orientaciones, nuestros damasquinadores están parados contemplando su obra, como si imitaran al Ser Supremo que al séptimo día descansó, porque habían salido de sus manos las obras perfectas de la Creación Universal.

Salta á la vista el adelanto inmenso que ha hecho el modernismo en poco tiempo.

Yo, que he sido un hombre encariñado con los viejos moldes y que en la pintura modernista no he sabido hallar jamás lo que en mi concepto deben hacer las Bellas Artes, que es realizar la belleza, confieso franca y lealmente que en el decorado de muebles, en cerámica, en orfebrería, en herrajes de todas clases, el adelanto es tan manifiesto, la tendencia tan hermosa, la combinación de colores tan suave y elegante, que sería necesario cerrar los ojos á la luz y negar la evidencia á la razón, para sostener que el modernismo en el decorado no ha pasado ya del esbozo á la realidad, del cuadro y de la tendencia borrosa al criterio justo que afirma una orientación clara y perfectamente definida.



Una vitrina de la instalación Masriera y Campins

Si nuestros damasquinadores imitaran tan noble ejemplo, es posible que se hubieran salido ya del molde en arco árabe, de las imitaciones del Renacimiento, repetidas hasta el cansancio, y de lo minucioso y paciente que, si revela estudio, no descubre el tono genial que ha de remozar lo que ya es viejo á pesar de sus pocos años, que todo envejece pronto hoy, sobre todo por el ansia de vivir corriendo la vertiginosa carrera emprendida casi á ciegas y al través del espacio por las sociedades modernas.

Zuloaga, Beristain, La Felipa, Vilaplana, Alejo Sánchez, Eguenzor, los Triondos, todas las buenas firmas están aquí, dando brillo á la sección de España, todas con ansia de mostrar á las gentes lo que vale esta industria genuinamente española, y el desarrollo que ha alcanzado y la estimación que ha conseguido con su labor fina, de líneas hermosas y paciente ejecución.

Y si alguien opina que hay un poco de pesimismo

en esta opinión mía, cuide de seguir leyendo este artículo, para hallar armas en él en favor suyo y en contra mía, porque, en realidad, en la misma sección que estoy estudiando, la casa Masriera y Campins responde mejor á mi anhelo de avanzar, que á mis temores fatalistas acerca de los que se mantienen en contemplación, rayana á pereza de entendimiento, ante la obra que avalora el éxito relativo alcanzado, y que no saben sostener la idea de constante porfía en el progreso, que es la fórmula de las razas pensadoras de las sociedades modernas.

La casa Masriera y Campins ha importado á España una industria nueva, y en poco tiempo, revelándose seriamente progresiva, acapara las mejores

obras de nuestros escultores, las funde á cera perdida, reproduce en bronce las obras antiguas más conocidas, vacía directamente del natural, forja el hierro, decora muebles con aplicaciones de metal, proyecta muebles decorativos, y acaparando

con verdadero empuje y cariño lo mejor que ha fundido, forjado, decorado y construido, se presenta en París á luchar con los fundidores de todos los países.

Ocupa lugar preferente en el Grand Palais, en donde brillan las estrellas de primera magnitud, como proyectistas y escultores, envía estatuas al Campo de Marte y al Palacio de México y, afirmando con valentía su personalidad artística en todas partes, arranca de cuajo un Premio de Honor que podría llevar como adorno decorativo en la orla del diploma, las firmas de nuestros mejores escultores: de Benlliure, Blay, Llimona, Reynés, A. Vallmitjana, Montserrat, Vallmitjana-Abarca, Arnau, Atché, Tasso, Alcoverro, Pagés, Oms, Campeny, Yerro, Martí y Ortiz.

Y la casa Masriera y Campins, que cuenta apenas ocho años de existencia, queriendo afirmar cada día más su

personalidad artística, reúne en torno suyo afamados escultores y dibujantes, estudia con cariño los adelantos del modernismo, impresos en la puerta vidriera representativa del Ocaso y la Aurora simbolizados por medio de cabecitas de niños, plantas y flores, proyectada por Víctor Masriera; acapara los monumentos construidos y en construcción en España, y cuando tantas industrias necesitan, en nuestro país, el auxilio de altos aranceles, la

de fundición á cera perdida, ensancha sus talleres, afina sus procedimientos, estudia sus progresos en el mundo del arte, y puesta al corriente de los adelantos del modernismo, busca en los nuevos moldes nuevas ficciones para que la vida parezca palpitar, á pesar de la dificultad del procedimiento, en los bronce y los hierros fundidos por ella é inmortalizados por los escultores más afamados de la tierra.

No faltan tampoco en Invalidos expositores que se esfuerzan en progresar y demostrar que en España la ebanis-

tería y el tallado, la talabartería, la metalistería, las imitaciones de obras artísticas, la fabricación de peines y juguetes, merecen la atención y el estudio de personas inteligentes, que muestran tener un espíritu progresivo digno de alabanza; así lo atestiguan Lleó de Valencia, Ruiz Valiente de Barcelona, Linariaga de Madrid, Eliave de Bilbao, Lowe de Madrid, Brosa, Oliva y Costa y Pancer, Espinós Salvi y Dun, Roca Farriols y otros que escapan á mi memoria y no á mi buena voluntad.

Otros hay aun, que habrían hecho muy bien en quedarse en casa; en ello habríamos ganado todos: España y los españoles.

RAFAEL PUIG Y VALLS



AURORA y OCASO, reja proyectada por Victor Masriera



PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Ayer, mientras me paseaba por la sección del Cambodge, una de las que más me interesan, me encontré con un español, lo cual no tiene nada de particular, dado el número crecidísimo de compatriotas que han venido á visitar la gran feria parisien-internacional.

Y á propósito de eso y antes de entrar en materia, permítaseme una ligera digresión. Desde que Monsieur Loubet dió por inaugurada la Exposición, entre los visitantes extranjeros que han venido á admirar las maravillas aquí acumuladas, figuran los españoles en cantidad considerable. Y no se puede dar un paseo por los bulevares ni penetrar en un café, sin escuchar la sonora parla de Cervantes, el enérgico idioma de Bernat Metje ó la dulce lengua de Lagartijo. De lo cual infiero que si la España es pobre, el español es rico: conclusión paradójica á primera vista, pero de una exactitud indiscutible. Porque, desengañarse, señores... el extranjero pobre no viene á París á visitar el Gran Certamen: sin dinero y dinero de sobra, no se emprenden esas excursiones; *ergo*, si los españoles acuden á las orillas del Sena, es porque son ricos, más ricos que los demás visitantes exóticos, puesto que á los desembolsos que todo viajero inglés, alemán ó ruso tiene que hacer, viene un hijo de nuestra tierra obligado á añadir, en virtud de las inexorables leyes del cambio, un 30 por 100 más. Lo cual no es moco de pavo. Y es la justificación más completa que pudiera desear el genio resplandeciente cuanto calumniado del insigne hacendista D. Raimundo Fernández Villaverde. ¿No es, en efecto, de una lógica abrumadora, que se haya impuesto fuertes tributos á un pueblo que tiene de sobra dinero, puesto que lo gasta alegremente allende las fronteras?

Hecha esta digresión, volvamos al español á quien encontré en los departamentos del Cambodge. Es un hombre de bien, patriota sincero, espíritu ilustrado y fisionomía plácida... ordinariamente. Pero en aquel momento la tenía alterada. Y temiendo yo que no se hubiese dejado envenenar en uno de los restaurants del Campo de Marte, preguntele solícito qué causa anublaba su rostro.

— ¡ Hombre! — me dijo con acento de hondísima amargura — vengo de hacer una nueva visita á nuestra sección hispana... y acabo de convencerme del mal papel que representamos en París.

— Ciento cuarenta y siete... — repuse flemáticamente.

— ¡ Como, ciento cuarenta y siete!... — exclamó mi paisano, mirándome asombrado — ¿ Qué quiere usted decir?

— Que es usted el ciento y cuarenta y séptimo español de quien he oído la misma observación, desde que se inauguró esa grandiosa manifestación del trabajo y de la paz universales. Así pues, mi queridísimo compatriota, aconséjole amistosamente que no vuelva V. á hacer uso de ese cliché. Que hacemos un mal papel, ya lo sabe



todo el mundo: lo extraordinario sería que no fuese así.

— Pero, hombre... — intentó protestar el apreciable sugeto.

— Déjese V. de peros... no los admito... — repliqué severamente — Y no me venga con extrañezas ni lamentaciones que me darían una pobre idea del juicio, ilustración y experiencia que V. atesora. Las cosas son lo que deben ser. Y España representa el papel que debe representar. ¿ V. sabe el latín ?

— No se si lo se, mas se que lo supe... — contestó con nobleza mi co-peninsular.

— Entonces recordará V. aquel antiguo aforismo que dice: *Natura non facit saltum*...

— Ya lo creo...

— Pues en lugar de *Natura* ponga V. *Hispania*; no la *Hispania* de que tenemos el honor de ser, V. lector, yo colaborador, sino la *Hispania* de Sagasta, de Silvela, de Primo de Rivera y de Minuto; no la *Hispania* editorial que crece y se multiplica y paga religiosamente á sus artistas y escritores, sino la *Hispania* que pierde sus colonias y pierde el tino y la vergüenza y el crédito y no paga á los maestros de escuela y adeuda dinero á sus soldados. Ahora bien: si la naturaleza no da saltos, ¿ por qué motivo ha de darlos España?... ¿ por qué representando un mal papel dentro de casa, ha de representarlo lucido fuera?... ¿ comprende V. que eso sería un salto enorme, inverosímil, imposible, anti-lógico, anti-natural?...

El semblante de mi interlocutor se iba serenando á medida que en su aparato auditivo se deslizaba el chorro de mi persuasiva elocuencia.

— Crea V. — me dijo — que me ha quitado de encima un peso aplastante: realmente, las cosas que pasan es porque deben de pasar.

— Precisamente. Y ahora, para que V. acabe de disipar la pésima impresión que afligía su patriótico espíritu, voy á proporcionarle una distracción de las más agradables.

— Acepto: ¿ á donde me lleva V. ? — preguntó el buen señor, cuyos ojos chispeaban de curiosidad.

— Á una sesión del Congreso internacional de espiritistas... ó á una del Congreso, igualmente internacional, de agricultura y pesca. Elija V.

Hizo el hombre un gesto indefinible, revelando un entusiasmo muy limitado. Luego, ruborizándose ostensiblemente, pronunció con voz tímida:

— Si V. no lo llevara á mal, preferiría otra cosa... Me han hablado de un pabellón no se si indio ó africano, en donde hay chicas muy guapas y en paños casi menores.

— Bueno, vamos... — dije suspirando — pero crea V. que se pierde una sesión muy interesante y muy instructiva. Pero, en fin, si no quiere V. ir hoy, iremos otro día, porque congresos, gracias á Dios no faltan.

¡ Que han de faltar !... Cuentan del Mariscal Mac-Mahon que, siendo Presidente de la República, allá por el año 1875, hizo un viaje á Toulouse, que sufría en aquel momento todas las angustias y todas las desdichas ocasionadas por una terrible inundación. Y el bueno del Mariscal, al contemplar el tristísimo cuadro que tenía ante la vista, no sabía más que decir y repetir:

— *Que d'eau, mon Dieu !... que d'eau ! que d'eau !...*

Observación que por entonces sugirió la mar de pullas y de sátiras: la prensa oposicionista puso en berlina al sencillo veterano por su ingénua exclamación, sin querer tener en cuenta que uno de los caracteres más típicos de las inundaciones es el traer mucha agua, pero mucha.

Y ahora, al ver lo que sucede en París, no puedo menos de recordar las palabras de Mac-Mahon y de decir:

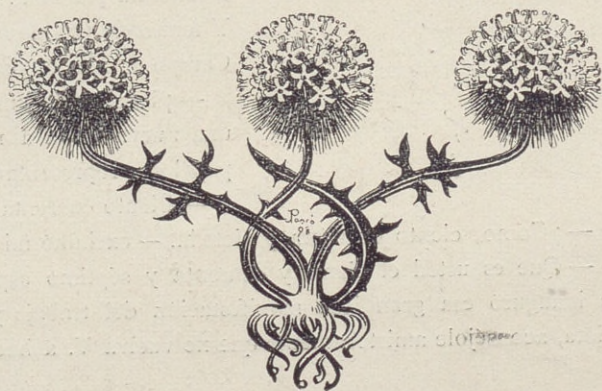
— *Que de Congrès, mon Dieu ! que de Congrès !*

Los hay, los ha habido y seguirá habiéndolos de toda clase: de médicos, de geógrafos, de veterinarios, de feministas, de pescadores, de mecánicos, de dentistas, de comadronas, de espiritistas, de jardineros, de... ¡ qué sé yo !... Jamás se había presenciado una inundación tan formidable de congresistas.

Pero la más copiosa ha sido sin disputa la de alcaldes franceses. Estos han acudido á millares á la invitación gastronómico-gubernamental que se les dirigió, y si no hablo de aquel hecho memorable y de sus incidencias, es porque supongo á mis lectores bien enterados ya por la prensa cotidiana. Pero...

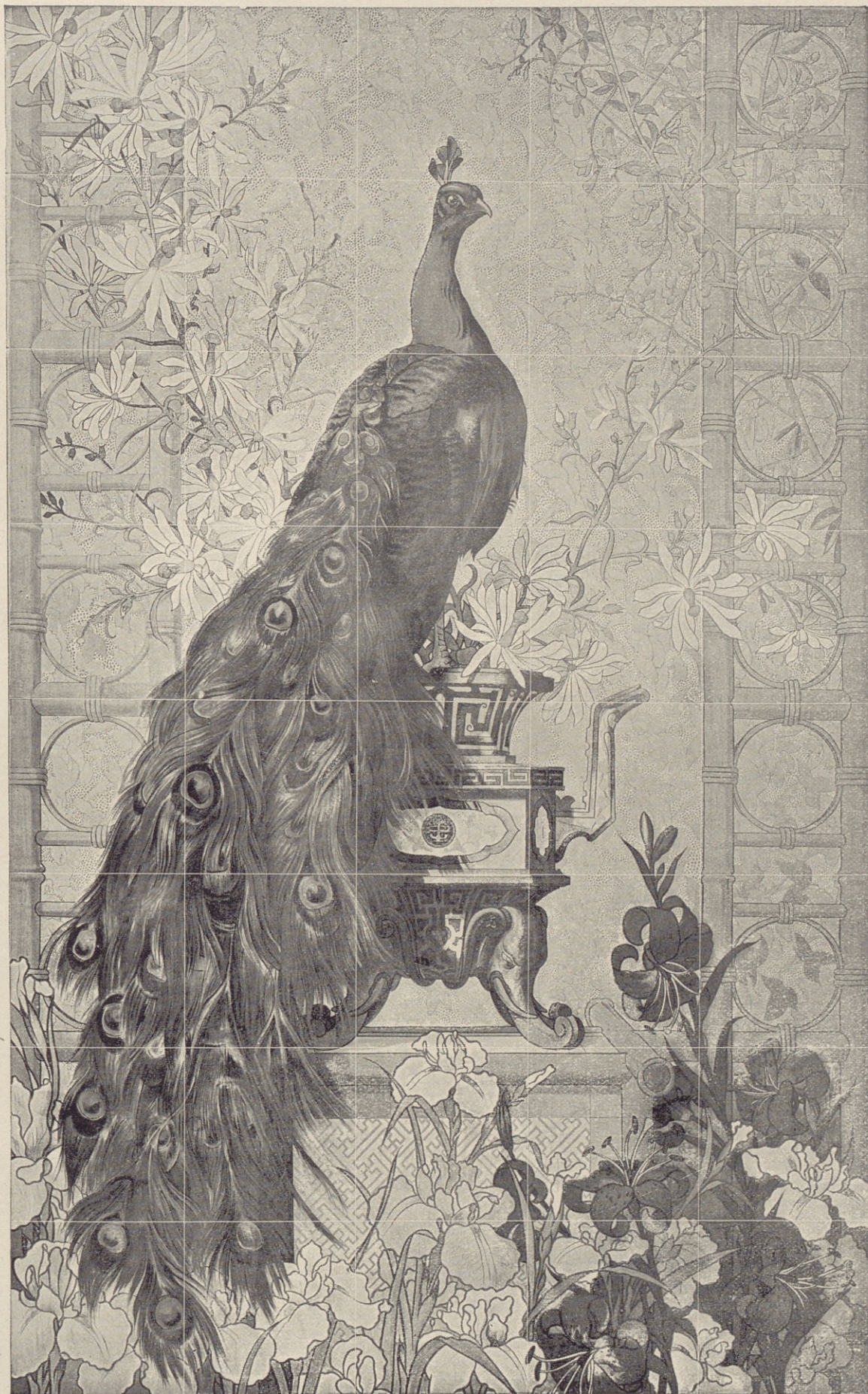
Que de maires, mon Dieu ! que de maires !

ALFONSO DE MAR



Azulejos cartón piedra de HERMENEGILDO MIRALLES: 59, Bailén, 59; Barcelona

PLAFÓN DECORATIVO



40 piezas azulejos cartón piedra, en colores y relieve. Tamaño natural: 1^m X 1'60

Unicos concesionarios para Buenos Aires y Uruguay: A. Fulquet y C.^a, 847, Belgrano. - Buenos Aires

HERMENEGILDO MIRALLES

59-BAILÉN-70

BARCELONA



LISTA y PRECIOS de los juguetes de cartón recortados

PELOTÓN GUARDIA CIVIL MONTADA, (19 á caballo)	Ptas. 1'
Id. id. id. Á PIE, (26 figuras)	» 0'75
MUÑECAS DE MOVIMIENTO, (5 tipos diferentes con 35 piezas)	» 1'
SEÑORITA MARÍA, (4 trajes de cambio y 4 sombreros)	» 0'50
MUÑEQUITAS, (6 figuras, 6 trajes y 6 sombreros)	» 0'50
CABALITOS BALANCÍN, (8 caballos con sus jinetes)	» 0'50
NACIMIENTO, (26 figuras y Belén)	» 1'
CUEVA DE LA VIRGEN, (Montserrat)	» 0'50
ANIMATÓGRAFO FAMILIAR	» 4'
JUEGO DE DOMINÓ, (en cartón)	» 0'75

ACABAMOS DE PONER Á LA VENTA

1. ^a serie.— 50 POSTALES ESCUDOS PROVINCIAS ESPAÑOLAS	Ptas. 5'
2. ^a » 25 » ARTISTAS ESPAÑOLAS	» 2'50
3. ^a » 25 » HISPANIA.	» 2'50
4. ^a » 25 » TOREROS	» 2'50

Figuras recortadas de 25 centímetros alto

MAZZANTINI, GUERRITA, REVERTE y VELASCO, cortados y en relieve	» 1'
4 ARTISTAS ESPAÑOLAS, cortadas y en relieve	» 1'
ARTISTAS ESPAÑOLAS, 10 tipos diferentes pequeños	» 1'

